

podrémos tener de la salud de sus almas, quando no cuidamos de la santificacion de la nuestra? ¿Nos compadecemos à lo menos, de sus miserias temporales? ¿Cómo nos hemos del compadecer, quando apenas puede sufrir nuestra delicadeza la vista de los infelices? ¿Qué influjo ha de tener la caridad en nuestras visitas, quando solamente frequentamos aquellas en que se trata de los defectos, e imperfecciones de los proximos, haciendolas servir de motivo de diversion, y burla en las conversaciones?

Sabed, pues, Señores, que el trato con los hombres, las conversaciones, las amistades, y visitas, aunque licitas, y honestas, solamente podrán sernos útiles para nuestra santificacion, governandonos en ellas, como Maria, por unos fines santos, y christianos, por motivos sobrenaturales, por un espiritu de gracia, de humildad, y de caridad, y con una perfecta pureza de intencion; y solamente podrán ser útiles, y saludables para nuestros proximos, portandonos en ellas como la Señora, con christiandad, y edificacion, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Si yo huviera de señalaros, Catolicos, las reglas individuales, que se deben observar para que nuestro trato en la sociedad civil, sea util à nuestros proximos, os diria que debemos atender principalmente à la clase, à la dignidad, y à las disposiciones de las personas con quienes se trata, à la naturaleza de las conversaciones que se suscitan, y à la discrecion, y prudencia con que se han de tratar las

ma-

materias de que se habla; pero estas reglas de la moral christiana piden un largo discurso, y asi me contentaré por ahora, para daros alguna idea de estas reglas, con examinar el incomparable modelo que nos hemos propuesto en la Visita de Maria.

¡O Dios mio! ¡Qué saludables, y santas son las Visitas de Jesus, y de Maria! ¡Feliz casa de Zacharias, è Isabel, que tuviste la dicha de recibir à estos huespedes! Feliz Familia, que merecistes poseer por tanto tiempo à los que son la alegria, la gloria, y el tesoro del Cielo, y de la tierra! ¿Quién vió jamás Visita en que concurriesen almas mas Santas? ¡Qué demostraciones de alegria, qué inocentes caricias, qué conversacion tan celestial, qué comunicacion de luces, y de divinos afectos no havria entre aquellos Santos concurrentes! ¡Quántos Mystérios se encierran en un solo Mystério!

Primeramente, un Dios, encarnado por nuestro amor, y oculto desde pocos dias antes en el Seno de Maria, no pudiendo sufrir ver sujeto al yugo del pecado à aquel à quien havia destinado desde la Eternidad para que fuese su Precursor, y anunciase su venida al mundo, hace las primeras pruebas de su poder, dice San Ambrosio, con el alma del Bautista, librandola de la esclavitud del demonio, y purificandola de la mancha original antes de nacer, haciendo con ella en esta ocasion, lo mismo que despues determina hacer por medio del Bautismo con todos los hijos de Adan.

Este mismo niño, tan amado del Altisimo, no obstante estar encerrado en el seno de su Madre, luego que se le presenta el Sol de Justicia, recibe las

las luces de la razon, y de la Fé: conoce, adora, y dá gracias à su Divino Bienhechor, y lleno de santas ansias de empezar à practicar su Ministerio, no pudiendo explicarse de otro modo, dá saltos de alegría dentro del seno de su Madre, anunciandola de este modo la Venida del Salvador de Israel, y la presencia del Redentor: *Ut audivit salutationem Mariæ, exultavit infans in utero.* (Lúc. I. 41.)

La Madre, llena repentinamente del Espiritu Santo, conoce en su Parienta à la Madre de su Dios, y en un instante se halla instruida acerca del adorable Mystèrio de la Encarnacion del Verbo: Isabel, en medio de tantos motivos de admiracion, lo que mas la confunde, dice el Evangelista, es el honor que recibe, y las humildes, y afectuosas expresiones que la hace la mas pura de todas las criaturas, y la que es bendita entre todas las mugeres: *Unde hoc mihi ut veniat Mater Domini mei ad me?*

Esta misma Virgen purisima, lejos de ensalzarse con el magnifico elogio que oye de su grandeza, queda poseída de un extasis de humildad, como le llama San Bernardo, que hace prorrumpir à su abrasado corazon en aquel admirable cantico, que es todas las delicias de la Iglesia: esta misma Virgen en nada quiere exceder à Isabel, sino en la humildad: obligada à confesar, que el Señor ha obrado en favor suyo grandes maravillas, protesta al mismo tiempo, no haver en sí merito para tantas gracias, y que era necesaria toda la Divina Omnipotencia para hacer Madre de Dios à una tan despreciable criatura: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* (Ib. 48.)

Ved

Ved aqui, Catolicos, dice San Ambrosio, dos Madres, que à un mismo tiempo publican, y celebran los milagros de la gracia; y dos hijos que encerrados en el seno de sus Madres, obra el uno, y recibe el otro los mas extraordinarios beneficios; dos hijos, que aun antes de nacer, saben ya desempeñar las mas sublimes funciones, uno de Salvador, y otro de Precursor; y dos Madres, que animadas del espiritu de sus hijos, hacen de su conversacion un enlace de Divinos Oraculos, de Celestiales Profecias, de Canticos, de acciones de gracias, y de las mas sublimes alabanzas de la Gloria del Altisimo: *Magnificat anima mea Dominum.* (Ib. 46.) ¿Quántos Mystèrios se encierran, buelvo à repetir, en un solo Mystèrio?

¿Qué os parece, Señores? ¿Conformamos nosotros nuestro trato, y nuestras conversaciones, y nuestras visitas con este admirable modelo? ¿Qué es lo que regularmente pasa en las concurrencias à que nos obliga la sociedad civil? O Dios mio! ¿cómo me he de atrever yo à referir la monstruosa oposicion que se halla en un punto tan importante para la salvacion, entre nuestra conducta, y la de Maria?

¿Qué podremos decir de la christiana eleccion que se debe hacer de personas rectas, y virtuosas para nuestras amistades, y conversaciones, del extremo cuidado que debemos tener en abstenèrnos del trato con personas sospechosas en materia de costumbres, y de religion? Cuidado aun mucho mas esencial, è indispensable, como dice San Pablo, que el que se tiene en huir de qualquiera hombre sospechoso de peste en tiempo de contagio; cuidado en

el

el que nunca son excesivas las mayores precauciones: *Ut cancer serpit.* (Timoth. 2. 17.) pues antes que el corazon advierta en sí la menor mudanza, ya se halla absolutamente corrompido; esta es la razon, y el sentido de aquel Precepto de Jesu-Christo, quando hablando de estos públicos perversos de las costumbres, nos dice, que huyamos de ellos como de los Idolatras, y Publicanos: *Sit tibi sicut ethnicus & publicanus,* (Matt. 18. 17.) y cuidado al mismo tiempo, universalmente despreciado en nuestro siglo, pues todos, y con especialidad los jovenes, buscan con ansia el trato, y amistad de los amadores del mundo, de los Sectarios de las nuevas doctrinas, de los falsos Filosofos, de los Apostatas declarados del Evangelio, y de los precursores visibles del Ante-christo, que se precian de Apostoles de la incredulidad, y de la irreligion.

¿Qué podré decir de aquel severo pudor, y christiana modestia que deben acompañar todas nuestras conversaciones, sin apartarse jamás de nosotros, y sin los que se pierde la inocencia en el trato civil, y nos hallamos sepultados en un nuevo delito? pero no nos detengamos mas en este punto tan delicado; basta haverle propuesto, para que atendais, Catolicos, à los saludables remordimientos de vuestras conciencias en este asunto.

Paso à tratar de la materia de las conversaciones de la mayor parte de los Christianos, punto no menos importante que el antecedente; si preguntamos à estos, como preguntó en otro tiempo el Salvador à los Discipulos que iban à Emaús, ¿quál es la materia de su conversacion? *Qui sunt hi sermones*

nes

nes quos confertis ad invicem? (Luc. 24. 17.) ¿Hablais de cosas de Dios, y del gran negocio de la salvacion? ¿Tratais algun asunto de edificacion, y piedad? ¿Hablais de las Divinas Escrituras, de la Vida de Jesu-Christo, ò de los Santos, de algunas reflexiones acerca del Evangelio del dia, ò de algun pasage piadoso del ultimo Sermon que haveis oído? Ah! responde Salviano, ¿quién se ha de atrever en el mundo à tratar semejantes asuntos? ¿quién no temeria, si los tratara, el ser tenido por hombre ridiculo, è impertinente? ¿quién se havia de dignar de oír semejantes conversaciones? *Quis audire dignatur, quis recipit, quis ferendum arbitratur?* Es verdad, que por poco conocimiento que se tenga del mundo, se puede decir, que muchos Christianos, mas en el nombre que en las obras, nos pueden responder como los dos Discipulos que iban à Emaús, que sus corazones se inflaman, y se abrasan mutuamente en sus conversaciones; ¿pero en qué sentido, y con qué fuego? ¿ò Dios mio! con el fuego de las pasiones, y de las culpas; comunicándose mutuamente sus escandalosas ideas, y avivando en sus corazones la llama de los mas infames excesos.

¿Quál es regularmente, Catolicos, la materia de las conversaciones de los hombres? los intereses, la fortuna, los proyectos de elevacion, y grandeza, y los medios de enriquecerse: éstos son los asuntos de las conversaciones mas utiles, segun su modo de pensar; si les falta materia en sus propios negocios, inmediatamente se meten à arreglar los del proximo, decidiendo en todo à medida de su ca-

Tom. IV.

C

pri-

pricho, y de su inconstancia: si bolvemos la vista à algunos ancianos, respetables por su edad, però que nunca han sabido respetar à la virtud, ni à las personas virtuosas, les oïremos referir con una indigna complacencia, y con una odiosa vanidad, todas sus pasadas flaquezas, y las grandes acciones de su juventud, esto es, las mas abominables extravagancias de un tiempo en que se hallaba embriagada su razon, y su religion voluntariamente eclipsada. ¿Qué cosa mas comun que oír à los jovenes preciarse de sus actuales locuras, de sus excesos en los banquetes, de sus perdidas, ò ganancias en el juego, y aun de aquellos delitos que nunca han cometido?

¿Pues qué dirémos de las mas frequentes conversaciones que ocurren entre las mugeres? se buscan con ansia, se juntan continuamente, y siempre tienen que hablar, no habiendo jamás en sus conversaciones un asunto sério: unas, cuentan los sueños de la noche antecedente, se quejan de la violencia del frio, y del calor, de la pesadez del tiempo, de las incomodidades de la estacion, y de las molestias de las enfermedades que se figuran padecer: otras, preocupadas de un espiritu de vanidad, y locura, poseídas del deseo de agradar, de nada hablan mas que de adornos, de galas, y de modas, y siendo mudas para todos los demás asuntos, en este nunca se cansan de hablar: otras, curiosas en extremo, dicen todo quanto han oído, para que las demás refieran lo que saben, y tener de este modo que contar en otras visitas: ¡Qué miseria, ò Dios mio! el no saber de qué hablar, sin poder al mismo

tiempo contenerse dentro de los límites de un modesto silencio! Bien sabeis, Catolicos, que estas son las materias de las mas inocentes conversaciones; no quiero detenerme en haceros una pintura de aquellas mugeres altivas, y vanas, que de todo se ofenden, à quienes una palabra inocente altera, que quieren dominar, y ser miradas como oraculos en todas las concurrencias, que nada disimulan en los demás, queriendo que à ellas se les disimulen los mas visibles defectos: estas mugeres, son en todas partes miradas, y con justa razon, como peste de la sociedad civil.

Por lo que toca, Señores, à la materia de las conversaciones entre personas de diverso sexo, no me atrevo à hablar, por no escandalizar vuestros oídos: en este peligroso trato, regularmente todo se dirige à corromper el corazon: la passion se vale diestramente de las quejas, de las alabanzas, de los ruegos, de las promesas, y de quantos ardidés es capaz, para introducir en las almas el mas pestilencial veneno.

¿Y cuáles son los efectos de estas conversaciones tan poco Christianas, y aun indignas de los mismos Paganos? Si reflexionais atentamente, Catolicos, hallareis que siempre producen muy funestos efectos; pues de ellas nacen las murmuraciones, las temerarias sospechas, las envidias, los zelos, los odios irreconciliables, las enemistades, y las venganzas: de estas concurrencias proceden la ruina de las familias, por el juego, y la de la salud, por los excesos en las comidas: de aqui nacen las disoluciones, los desordenes, las impiedades se-

cretas, y públicas, autorizadas con el mutuo exemplo de los concurrentes: de aqui nace la facilidad en perderse, y la dificultad en convertirse; el amor à los desordenes del mundo, y el disgusto para las cosas de Dios; finalmente, de aqui nacen las abominaciones, y los escandalos, la ruina general de las almas, y los peligros, en que puesto el hombre, aunque sea justo, y formado segun el corazon de Dios, es casi imposible que no se pierda.

Atendiendo, pues, Catolicos, à la depravacion del mundo, y à la fragilidad del corazon humano, es muy dificil poder usar del trato, y comunicacion de los hombres, sin exponerse à cometer gravisimos delitos: un Filosofo antiguo decia, que en el trato con los hombres, siempre perdia alguna cosa su razon, ¿pues con cuánto mas motivo podemos decir nosotros, que en este trato siempre pierde la santidad, y la virtud? Y si os parece, Señores, que pondero demasiado, examinaos à vosotros mismos; ved si las culpas de qué mas frequentemente os acusais en el tribunal de la penitencia, no provienen de vuestras conversaciones, y visitas, y si atendiendo à este sincero examen podreis lisongearos de que son inocentes.

Por mas ciegos que estemos acerca de un punto tan importante, no podemos menos de conocer la estrecha obligacion en que nos hallamos, de huir, en quanto nos sea posible, del trato con el mundo; y si las obligaciones indispensables de la vida civil, nos precisan algunas veces à frequentar el trato de los hombres, debemos siempre valernos de las mas serias precauciones: tened presente, Señores, el

exem-

exemplo de un San Francisco de Borja; Duque de Gandía; su estado, y su clase le obligaban muchas veces à presentarse en la Corte, y à parecer en las concurrencias, pero siempre iba prevenido contra los asaltos del mundo, llevando debajo de sus ricos vestidos un aspero silicio; tened presente el exemplo de aquella santa muger, que en tiempo de San Francisco de Asís, siendo precisada, por su marido, que era hombre de honestas costumbres, à asistir à un espectáculo, se vistió interiormente un rallo de hierro, cayó desfallecida en medio del festin, murió en el mismo dia de este accidente, y con su muerte, y el exemplo de su penitencia movió de tal modo el corazon de su marido, que al dia siguiente, postrado à los pies de San Francisco, le pidió humildemente le admitiese en el numero de sus discipulos.

Pensad, Catolicos, del modo que quisierais, pero sabed, que las maximas fundamentales del Christianismo siempre han de subsistir; siempre será verdad decir, que el mundo es enemigo de Jesu-Christo; que las Leyes del Evangelio nos mandan aborrecerle, y huir de él; siempre será verdad decir, que si nuestro estado no nos permite separarnos de él absolutamente, no debemos frequentarle sino quando nos obligue la necesidad: todos hemos renunciado en las Sagradas Fuentes del Bautismo este mundo profano y sensual; Dios tiene presente nuestro juramento, ¿Pues por qué nosotros nos hemos de olvidar de él? y sino le hemos olvidado, ¿cómo puede componerse esta obligacion con nuestros procederes? Es imposible, Catolicos; nunca podremos

mos

mós conciliar con el mundo reprobado las obligaciones de nuestro Bautismo, à no ser que nos abstengamos, no solamente de las concurrencias, y visitas perjudiciales, y escandalosas; sino tambien de las vanas, è inútiles, y qué santifiquemos las que nos son inevitables, segun nuestra clase, y nuestro estado.

Y asi, Catolicos, si queremos no degradar el nombre de hijos de Maria, de que tanto nos preciamos, debemos todos postrados à sus pies, decir la de lo mas intimo de nuestros corazones: Virgen Santa, modelo el mas perfecto de todas nuestras obligaciones, y à quien la Iglesia, con justa razon llama, fiel espejo de la verdadera justicia: *Speculum justitie*, enseñadnos el modo de conciliar lo que debemos à los hombres, con lo que debemos à Dios; de santificar las obligaciones naturales, y civiles, que nos imponen la religion, y la sociedad; y de cumplir todas estas obligaciones de un modo igualmente meritorio para nosotros, y saludable para nuestros proximos; enseñadnos el modo de tratarlos, y visitarnos mutuamente en la tierra, con unas disposiciones tan christianas, que merezcamos vivir, y vernos eternamente juntos en la Gloria: *Ad quam. &c.*

SERMON

PARA EL DIA
DE SAN BUENAVENTURA,
Cardenal, y Obispo de Albano.

Erat lucerna ardens, & lucens. Joan. 5. vers. 35.

Era una luz, que ardia, y resplandecia.

DE poco sirve, Señores, que un hombre resplandezca en el mundo por su profunda erudicion, por sus estudios, por su talento, y por la viveza de su imaginacion, si su corazon no está al mismo tiempo inflamado, y abrasado en aquel amor que santifica los talentos, los hace utiles en la tierra, y los corona despues en el Cielo.

La ciencia, sin la caridad, nunca formó sino sabios sobervios, y maestros del error, y del vicio: la caridad con la ciencia siempre ha dado à la Iglesia sabios humildes, y defensores de la verdad, y de la virtud.

El Paganismo tuvo sus sabios, pero estos estaban sepultados en muy espesas tinieblas; hablaban bien, pero vivian mal: apenas parece creible, que ellos pudiesen dictar las grandes ideas, que enseñaron de la divinidad; admiramos, y lloramos à un mismo tiempo las lecciones, que daban à sus